

# EL ISLEÑO.

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL, COMERCIAL Y LITERARIO.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

PALMA.—Imprenta de Gelabert.—MANON.—D. Matías Mascaró.—IVIZA.—D. Joaquín Cíer.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demás puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

## Sección científica.

### Médicos de conocer la falsificación de las harinas.

Al prorrogar el gobierno de S. M. el plazo para la libre importación de cereales, encargó á los gobernadores civiles la mayor vigilancia en el reconocimiento de las harinas, á fin de evitar la falsificación. Nosotros creemos hacer un servicio al comercio y á todos en general, insertando en nuestra Revista los medios de conocer la falsificación de las harinas, así como siempre insertamos todo aquello que es de verdadera utilidad y que merece reproducirse por su importancia y trascendentes consecuencias. Nadie ignora que los principios que constituyen la harina de trigo son una materia azuada, más ó menos abundante en sustancia grasa, fécula ó sea almidón, y sales alcalinas ó terrosas, incluyéndose entre ellas los fosfatos. Cuando la harina de trigo se humedece con agua para formar una pasta firme y homogénea y se amasa esta en un cordero de agua fría, solo queda entre las manos una sustancia blanquinoso, tenaz y elástica, de olor especial y á la cual se llama gluten. El agua turbia que cae y ha servido para hacer esta preparación, lleva consigo el almidón, algunos restos de gluten y todos los demás productos que son solubles. Si esta misma agua la dejamos reposar, tendremos que la fécula se precipitará, y si herviéndola á la ebullición, veremos en su superficie varias espumas que al contarse formarán también burbujas blanquinosas, presentando mucha analogía con la albúmina coagulada. Si la filtramos y ha-

cemos evaporar el líquido por medio del calor del baño de María, hasta la consistencia del jarabe, será reconocer la presencia del azúcar, así como la de una materia gomosa, análoga y aun idéntica á la destrina. En fin, examinando cuidadosamente el gluten veremos cuán fáciles, por medio de la acción de los disolventes, se separan todas sus partes distintas, aunque estas mismas sustancias, así como la albúmina vegetal, tienen la misma composición que se reúne y clasifica bajo el nombre genérico de *gluten*. Fijados en estos principios que constituyen la química, pasaremos á fijar cuáles son las adulteraciones que suelen sufrir la harina de trigo, é indicar los medios que la misma enseña para conocerlas. El aumento del peso por medio del agua puede trazar consigo, sin embargo, graves y trascendentes consecuencias, no solo para el comercio sino para la salud. Según Vauquelin, las harinas contienen siempre más ó menos humedad, procedente de la atmósfera, de la molinera, ó del mismo grano antes de sufrir esta operación. El mínimo puede ser de 6 por 100 y el máximo de 20 á 25; pero por término medio debe contarse sobre una 17 por 100. Pocos son los panaderos que ignoran que la harina muy seca, cuando se la esponen en un sitio húmedo, no tarda mucho en calentarse, apelmazándose y aun deteriorándose, y si en estado se pesa, su peso habrá aumentado de 12 hasta 15 por 100 y aun á veces mucho más. Aunque el almidón seco atrae la humedad del aire, los efectos que en él produce no son los mismos que aquellos á que están expuestas las harinas por alteración de las materias azuadas que componen el gluten que ellas contienen. Es tan perjudicial la influencia que ejerce la humedad, que además de hacer impanificables las harinas,

favorece la creación de *sporulos*, (hongos ó mohosidad) que más tarde se desarrollan en el pan, y que tanto daño hicieron en Francia en 1842, año tan caluroso, de resultados de la humedad que tenían los trigos de la cosecha anterior.

Los *sporulos* reunidos en la parte cortical del grano, se desarrollaron luego en la parte inferior del pan, sin embargo de estar espolvoreado con afrecho y cenizas.

La superposición de los panes favorece el desarrollo de esta mohosidad, así como también el calor, resultando que se convierten en una masa de color feo y repugnante. Para poder desinfectar el grano, hubo que lavarlo mucho y aun cepillarlo, secarlo instantáneamente, disminuir la cantidad de agua en la panificación, aumentar la dosis de la sal, y por último forzar la temperatura del horno donde se cocía para llegar á conseguir un pan que no se emoliese tan fácilmente.

Los caracteres distintivos de las buenas harinas y las sustancias que sirven para adulterarlas, son las siguientes: Cuando las primeras son de buena calidad, por lo general tienen un color blanco mate, algo amarillento y son muy suaves al tacto, sin que en ellas perciba la simple vista particular alguna de afrecho.

Cuando se las humedece, despiden un olor agradable así como cuando están secas. Desleídas en agua con una cantidad equivalente á la mitad de su peso para hacer la masa, esta fácilmente se alarga ó estira en figura delgada, elástica, homogénea, sin cuerpo alguno extraño y sin pelotillas formadas de la misma harina para diluir.

Las harinas espuestas al aire por algún tiempo, ó á un calor no muy fuerte, abandonan fácilmente toda su agua higrométrica. Así es que la que pierdan la menor cantidad de su peso, puestas en una estufa con un valor de 100° y con corriente de

aire, serán las que tengan mas valor.

Las adulteraciones que con mas frecuencia suelen hacer los extranjeros, se reducen á mezclar las de trigo con las féculas de patatas y con las harinas de habichuelas, de guisantes y de centeno; si bien la adulteración con la de habichuelas la prefieren por el color amarillento que comunica, también es cierto que ninguna indica mas pronto que ella su presencia en el pan, porque le da un cierto color sonrosado y vinoso que descubre al instante el fraude. La de centeno comunica al pan un sabor característico muy pronunciado; pero para averiguar estas adulteraciones, el procedimiento mas sencillo y exacto, después del de la panificación, consiste en tomar una muestra y sobre ella echar un poco de agua hirviendo, descubriéndose inmediatamente, por el olor que se desprende, la clase de adulteración. Si esta se ha hecho con la fécula de patatas, antes ó después de la molinera del trigo, en este caso el descubrimiento es muy fácil; pero si menos de un 10 por 100 de fécula, poca es la ventaja que tiene el defraudador, así como mezclando mas de un 30 por 100, entonces la panificación llega hasta ser imposible.

El uso de un buen microscopio es muy interesante, pues con él se ve sin dificultad la fécula de patatas, aunque otro medio si se quiere mas exacto y mas sencillo, recomienda su inventor el célebre químico M. Gay-Lussac, perfeccionado luego por un inteligente panadero de París llamado M. Boland. Se preparan 20 gramos de harina de mismo modo que si les fuese á extraer el gluten, aunque teniendo cuidado de recoger todo el líquido amiláceo en un gran vaso de cristal de figura cónica, pero con pie. Se le deja reposar durante dos horas y media á tres, decantando todo el licor y dejando solo el depósito. Con una cu-

## FOLLETON.

### DONDE MENOS SE PIENSA.

(CONTINUACION.)  
—No lo digo por V., replicó la mayorazga, sino porque yo no puedo tratarla con gentes que vienen aquí sin que se sepa de dónde han salido, ni si son nobles.  
—Aquel mozo, no es del lugar, interrumpió la Claudia, señalando con el dedo á un joven que con paso presuroso, aunque indeciso, cruzaba la plaza.  
—Y viene hacia aquí, dijo la boticaria.  
—Y trae una botella en la mano, añadió la mayorazga.  
—Y un papel, repuso la mariscala.  
—Ejidos son los toros, dijo la mujer del galeno; alguna receta del médico de Retamillo.  
—Y desde allí han de venir acá por la medicina?  
—Vienen de mas lejos; no ve V. que esos boticarios de por ahí no saben dónde tienen su mano derecha! Lo que yo siento es que se haya marchado el boticario.  
—¿Pues V. no despacha? dijo la mayorazga.  
—Si que despacho, y algo mejor que el boticario del Retamillo; pero como parece que

trae receta, y no sé de leer ni cosa de ninguna. Si V. me hace el favor de leerla, verá V. que pronto la despacharé.  
—Y antes de que la mayorazga respondiera, ya había llegado el joven preguntando:  
—¿Dónde está la botica?  
—¡Calle! dijo la boticaria sorprendida, ¿pues no es V. del Retamillo?  
—¿X á V. qué le importa saber de dónde soy? replicó el joven incomodado.  
—¿Cómo pregunta V. dónde está la botica?  
—Lo preguntaba porque no había visto el rótulo; ahora pregunto dónde está el boticario.  
—Pues qué sé yo donde está?  
—Es preciso que V. le busque al momento.  
—¿Y para qué? puesto que V. sabe de leer, léame la receta, que yo haré la medicina al momento.  
—No traigo receta, sino una carta que he de entregarle en persona.  
—¿Y la botella?  
—La botella es para que me haga al instante una bebida antiestérica.  
—¿Es para algun susto?  
—A V. ¿qué le importa? Si el boticario es su marido, corra V. á buscarle al momento.  
—Facilito será que yo vaya á buscarle, estará á estas horas muy lejos de aquí.  
—Se ha escapado dijo el joven con acento de desesperación, bien se lo temía la señora.  
—¿La señora! exclamó la boticaria, ¿con qué esa carta es de una señora?

—Yo no he dicho de quien es la carta, llámeme V. al mancebo para que haga la antiestérica, y dígame cuando se escapó el boticario.  
—El boticario no se ha escapado.  
—¿Con que no se ha escapado? ¿Con qué está aquí?  
—No, señor, no está aquí, pero no se ha escapado, porque no tiene por qué hacerlo; está de caza.  
—¿Dónde? preguntó el joven.  
—A V. ¿qué le importa? dijo á su vez la boticaria.  
—Señora, me importó para entregarle una carta.  
—Mire V., dijo la Rebuscona, que contra su costumbre había callado hasta entonces, ¿sabe V. el coto de la Regalá?  
—No, señora.  
—¿Y el campo de Peñaquemilla?  
—Tampoco.  
—Pues entonces no es V. de la Sierra!  
—Claro es que no; pero dígame V. cómo se llama el monte donde está cazando, que yo sabré buscarlo.  
—No ha ido al monte, está en la viña.  
—¿En la viña de las Animas? preguntó el joven.  
—Todas las mujeres le miraron sorprendidas, diciéndole la Rebuscona:  
—Pues si sabe V. el nombre de la viña, por qué lo pregunta?  
—El que pregunta no yerra, contestó el joven riendo.  
—Y dirigiéndose á la boticaria, la dijo:  
—Hágame V. el favor de que preparen la

antiestérica.  
—La haré yo misma, que aquí no hay otro mancebo mas que yo.  
—Pues bien, hágala V. para cuando yo vuelva, y si tarda en venir y tiene V. con quien mandarla, envíela.  
—¿Adónde? preguntó la boticaria.  
—A casa de los Gavilanes; contestó el joven.  
—Y dobló la esquina, dejando estupefactas á todas las mujeres.  
En un pueblo de escasos ciento cincuenta vecinos, donde el cirujano no era dueño de levantar una perdiz sin que oyese el vuelo el boticario; un pueblo donde el alcalde sabía perfectamente todo lo que pensaba el regidor, y estaba su vez nada ignoraba del lo que hacia el alcalde; en un pueblo, en fin, donde á nadie le era permitido matar un pollo, amasar una docena de tortas, ni poner al fuego la alquitara para sacar un frasco de aguardiente sin que lo olieran, y lo chismorreara la tia Rebuscona, era sorprendente lo que estaba pasando en la casa de los Gavilanes.  
Ya no se trataba de haber llegado á ella unos cuantos personajes misteriosos que, mas tarde ó mas temprano, habian de ser inquiridos y escudriñados por los vecinos del lugar; la escena que acababa de ocurrir á la puerta de la boticaria, era mucho mas grave que eso.



chaca de café se quita la capa superior de color gris, la mezcla de almidón de albúmina, y de gluten sin coherencia. Luego se deja que la masa que queda en el fondo del vaso repose y se seque hasta tanto que adquiera bastante solidez, para que toda entera pueda sacarse sin mas que volcar el vaso. La cantidad redondeada que forma la parte superior de los panes en figura cónica y que contienen las primeras deposiciones, será la mas rica en cantidad feculosa si hay de ella alguna mezcla en la cantidad de harina que como muestra ha servido para el ensayo.

Con el filo de un cuchillo se separa un gramo sobre poco mas ó menos de esta parte, se disuelve en un mortero de agata con un poco de agua, luego se le añade mas y se filtra, y si toma color al añadirle una disolución de iodo, será prueba que está adulterada con la fécula de patatas. Si este fenómeno se reproduce con otra segunda capa sacada con el cuchillo y paralela á la primera y luego tambien con una tercera, podrá calcularse si la harina contenia 1, 2 ó 3/20 cs. de su peso en fécula. Si la primera capa quitada al cono dióse despues de la trituración y disolución un líquido que filtrado no se colorase sensiblemente de azul por medio del iodo, segun queda dicho, ó que tomase un ligero tinte de violeta, desapareciendo pronto y espontáneamente, está será la señal infalible de que la harina no estaba adulterada con la fécula.

M. Boland ensaya el gluten de todas las harinas que recibe del modo siguiente: toma 50 gramos de la harina que quiere reconocer y la pone en una capsula. En el centro de dicha harina echó sobre unos 20 centímetros cúbicos de agua; para desleir todo con una cucharón una espátula, á fin de obtener una masa plástica bien consistente. Luego la amasa entre los dedos durante dos minutos y deja que se realice la hidratación durante 5 minutos en verano y una hora en invierno. Mete en un cubo con agua fria un tamiz de tela metálica muy fina, en el cual deshace la pasta con cuidado á fin de separar el gluten. Las partes solubles y el almidón pasan por el tamiz, y el lavado del gluten se termina, deshiaciéndolo mucho durante diez minutos bajo la impresión de una corriente de agua fria. El gluten que resulta lo comprime mucho y luego le enjuga y pesa; despues lo mete dentro de un tubo de cobre que lleva al horno, ó en su defecto en un baño de aceite hirviendo á 140 grados, donde se seca pronto y lo saca antes que tome color para averiguar su peso. Así sabe las cantidades exactas de gluten en estado seco y húmedo; para hacer la compara-

ción. Facilmente se concibe que la adición de 10 á 15 por 100 de fécula será indicada por una disminucion correspondiente á la porcion del gluten.

Ensayado este procedimiento sin objeto de comparacion, debemos suponer no sea absoluto para determinar el valor ó la pureza de las harinas, en cuanto á que la proporción de gluten varia hasta el doble casi siempre, en las diferentes clases de trigos. Sin embargo, la naturaleza del gluten puede en todos los casos dar indicaciones muy útiles relativas todas á cualquier clase de harina que se reconociera. Mientras mas suaves sean, mas elásticas, tenaces, ostensibles, homogéneas, sin mal olor y de coloración morena; mientras con mas facilidad aumenten su volumen por medio de la desecación pronta al horno, mas seguridad habrá en vista de estos datos para apreciar la bondad de las harinas que se reconocen.

Bueno será que antes de terminar este artículo digamos que los defraudadores suelen hasta mezclar con las harinas de trigo, para aumentar el peso, no solo el yeso, sino la creta ó tierra blanca, las cenizas de huesos y otras muchas materias terrosas y que con ellas facilmente se confunde á la simple vista.

El medio mas seguro y hasta el único si se quiere para reconocer esta punible adulteración, es la incineración, ó sea la acción y efecto de reducir un pedazo de pan á cenizas; y como quiera que cuando este no tiene mezcla alguna, solo se carboniza, sin dejar apenas señales visibles de ellas, resultará fácilmente el convencimiento de que la harina que sirvió para su fabricación era pura y sin sustancias nocivas, en sumo grado, para la salud pública.

BALLINO CORTÉS.  
(El Fenix.)

## Seccion general.

Creemos que será leida con gusto la siguiente reseña de la llegada de la Reina de Inglaterra al puerto de Cherburgo, reseña que tomamos de una correspondencia que inserta la Patria. Dice así:

«Gracias á la amabilidad con que los capitanes de nuestros buques reciben á los forasteros y se prestan á obsequiarlos puede ver desde la rada la llegada de S. M. la Reina de Inglaterra. A las cuatro y cuarto poco mas ó menos el navio almirante disparó tres cañonazos. Al oír esta señal de que la Reina estaba á la vista, los

capitanes de todos los buques mandaron que los artilleros se colocasen junto á las piezas para hacer los saludos. Un minuto despues el Breña hizo señal al Pelicano para que aparejase y pasara á colocarse á la popa del almirante. El Breña tocó llamada, y en todos los buques se mandó colocar en sus puestos á los tambores y marinería.

Por encima del dique vimos á cierta distancia la escuadrilla inglesa, que consta de dos navios y seis fragatas. Con un antejo se distinguia al Royal Albert, magnifico navio de tres puentes que llevaba el pabellon del almirante Lyons. Al rededor de este buque principal se veian otros cinco mas pequeños.

A las cuatro y media un cañonazo anunciaba la llegada del Emperador: supusimos que era el momento en que S. S. MM. entraban en la estación. A este cañonazo siguió inmediatamente una serie de disparos cerrados y atronadores. Todos los fuertes hacian salva. El humo y el estampido seguian una línea inmensa desde el fuerte de la isla Pelée hasta el que hay en el opuesto extremo. El cielo estaba despejado y la mar tranquila; al estruendo de la artilleria se agregaban el repique de las campanas y los acordes aceros de las músicas: los tambores tocaban marcha imperial. En medio del profundo silencio que reinaba en la escuadra, vimos que la artilleria de la plaza continuaba y hacia producir sin cesar por el eco sus detonaciones.

Entre tanto el Pelicano, aviso mandado por el teniente de navio Hamelin, habia aparejado y trasladado á popa del Breña. El vice-almirante Romain Desfosses, que manda en jefe la escuadra, fué conducido á bordo por su lancha, se embarcó en el Pelicano y salió á recibir á la Reina de Inglaterra. Eran las cinco y cinco minutos.

A las cinco y cinco minutos volaron á empezar las salvas de la plaza, y supusimos que S. S. MM. salían de la estación para entrar en la ciudad.

La escuadra inglesa se iba aproximando notablemente, haciendo rumbo hacia el canalizo; avanzaban el vapor, formado en dos líneas paralelas. A la cabeza de la derecha iba el Royal Albert; á la cabeza de la izquierda iba otro navio; el yacit Real Victoria and Albert ocupaba el centro.

El Breña izó bandera inglesa en el palo mayor; cuando hubieron hecho lo mismo todos los buques, el Breña se empavesó, siguiendo su ejemplo toda la escuadra. A la distancia en que se encontraba todavia la escuadra inglesa que iba apro-

ximándose, izó á su vez la bandera francesa en el palo mayor; el navio mandado por el almirante Lyons puso juntos los dos pabellones en un mismo tope.

Eran las cinco y media, y vimos pasar por el muelle las tropas que venian del camino de hierro.

La escuadra inglesa iba ya á entrar en el puerto, y se formó en una sola línea al frente de la que se veia el yacit Real. Entonces los tambores del Breña tocaron llamada en las baterías, y lo propio hicieron las bandas de todos los buques: los artilleros se colocaron junto á las piezas. Los capitanes de los buques mandaron subir la marinería á las vergas. Nuestros nueve navios estaban colocados en fila. Reinaba un solemne silencio: todos volvíamos la cabeza hacia la escuadra inglesa. Apenas entró en la rada el Victoria and Albert repitiose en todos los buques la voz de mando dada por el Breña: Preparen! fuego! Luego de haber empezado la salva en la escuadra, continuaron haciendo lo propio los fuertes; eran las cinco y cuarenta minutos.

Para formarse una idea del efecto que producian los disparos de la artilleria de la escuadra, baste saber que el primer disparo lo hizo la primera pieza de estribo de la batería alta; que el fuego continuó siguiendo esta batería de proa á popa con la rapidez y la regularidad de un fuego de filas perfectamente ejecutado; y que cuando esta batería hubo descargado todas sus piezas de babor y estribo, continuó el fuego de igual modo y sin intervalo la segunda batería, y así sucesivamente hasta descargar todas las piezas del navio, para lo cual bastó medio minuto. Esta descarga se repitió tres veces en todos los navios. Como los que habia en la rada eran nueve, dotados lo menos con cien cañones, resulta que en minuto y medio la escuadra disparó 270 cañonazos. El número total de los cañonazos, tomando en cuenta las salvas de las fragatas, corbetas y avisos, pasa de tres mil.

No puede darse nada mas grandioso y sorprendente que estas salvas, y especialmente las que hicieron las baterías dotadas con piezas de á ochenta. El fuego empezó á un tiempo en todos los buques, y continuó por lo tanto á un mismo tiempo con regularidad matemática. Una nube de blanco humo se cernia sobre la rada; y á proporcion que se iba desvaneciendo nos permitió ver nuevamente la escuadra inglesa que habia llegado á las aguas de la nuestra. Eran las seis y cinco minutos. Los marineros ingleses colocados en las vergas, gritaban hurra! Nuestras bandas de tambores tocaban marcha. Empiezan á darse

Tratábase de la aparición de un mozo forastero, á quien no conocia la señora Claudia, y que sabia, sin embargo, los nombres de las posesiones del lugar, con mas la existencia del boticario, y todo lo que el lector ha visto en el cuadro anterior.

Aquellas mujeres tuvieron razon sobrada para admirarse al ver el desenfado con que el mancebo les puso en la mano una receta y encargó que llevasen la medicina á la casa de los Gavilanes mientras él iba corriendo al majuelo de las Animas en busca del boticario.

—¿Y para qué? esclamaba la boticaria.

—Para entregarte una carta! repelia con asombro la mayorazga.

—¿Y de quién? decía asustada la boticaria.

—De una señora! contestaba la mariscala.

—De una señora! repelían todas con acento de la mayor sorpresa.

—Todas, menos Claudia, que puesto el dedo en la frente y dejando escapar á pares los puntos de la calceta, estuvo largo rato, pensando hasta que por fin dijo:

—Pues señor, está visto, la enferma de la casa de los Gavilanes es la señorita que me abrió la puerta, y discurro que será alguna paliza que la habrá dado su madre porque estuvo hablando conmigo.

—Será posible! dijo la mayorazga.

—Discurro que sí, porque debe tener un genio como un basilisco, pero ¿de quién será esta receta! porque el cirujano está en Madrid y el médico no vendrá hasta mañana del monte.

—Verdad es! repuso la mariscala, sino es que han ido á buscar á mi marido.

—Ahora lo veremos! dijo la mayorazga tomando en su mano la receta con el orgullo que da la superioridad en materias de literatura.

Deletraba casi de corrido lo impreso, y aun sabia leer algo de manuscrito; pero en vano trató de conocer una sola letra de las que tenia el papel.

La boticaria, en cambio, que no sabia el Christus, pero que tenia una gran práctica de recetas, la tomó de las manos de la mayorazga, y dijo:

—Es una bebida para sustos simples.

—Sabe V. leer? preguntó la mariscala.

—No, señora, pero entiendo perfectamente las recetas.

—¡Oiga! dijo la mayorazga sonriendo. ¿y qué dice?... ¿quién la firma?

—No lo sé.

—¿Pues cómo sabe V. que es una bebida para sustos simples?

—¡Toma!... porque no tiene mas que dos renglones.

—¿Y se atreve V. á hacerla?

—Al momento; no tengo mas que hacer sino contar los puntitos de arriba para saber las onzas que he de echar de agua, y luego el jarabe y el licor amarillo.

—Pues hágala V. pronto, dijo Claudia, que, ó yo he de poder poco, ó hemos de saber lo que anda en la casa de los Gavilanes.

—¿Qué piensa V. hacer?

—Llevar la medicina y quedarme dentro de la casa!

—¿Y no tiene V. miedo? dijo la mayorazga.

—¿De qué? ¿de qué?

—De los diablos, y de esas voces que salen del pozo.

—Ríase V. de voces y de diablos; me voy á meter en la casa, y juro que hemos de saber mas de lo que hay allí, que los que ahora están dentro.

—Vendrá V. á contarnos lo que sepa, dijo la mayorazga.

—A Vds. y á todos los del pueblo; apuradamente soy yo muda cuando se trata de hacer misterios.

—Pues, ea, boticaria, haga V. la medicina, dijo la mariscala, que ya no se me cuece el pan en el cuerpo, por saber quiénes son esas gentes, y á qué han venido, y sobre todo, lo de la carta del boticario.

—No les dije yo á Vds., interrumpió con aire de misterio la Rebuscona.

—¿Qué fué lo que V. dijo? replicó la boticaria, nada; porque V. es como el reloj de Valmoja, que apunta y no dá; pero como no me diga esta misma noche lo que sabe de mi marido, no cuento con que ogaño ha de catar mis morcillas, ni la he de dar una sola torta de arrope.

—¿Qué mas quiere V. saber que lo de la carta!

—¡La carta!... ¡Bien y qué!... ¿qué dice la carta?

—¿Qué sé yo! pero ya vé V. como le escri-

ben las señoras de la casa de los Gavilanes.

—A mi marido le escriben muchas cartas, dijo con orgullo la boticaria; y ayer, sin ir mas lejos, tuvo una, y aun no hacia dos semanas, que habia recibido otra. Con qué vé V. que el recibir una carta no es un pecado.

—Si yo no digo que lo sea, pero como V. me pregunta lo que sé del boticario...

—Bien, ¿y qué sabe V.?

—Se que era uno de los entrantes y salientes en la casa de los Gavilanes; y que cuando el alojado aquel de que hablé á Vgs. desapareció del pueblo con su esposa, se dijo que el boticario era el único que sabia lo que habia sido de ellos; porque andaba muy triste, y aun se quedó amarillo y verdinegro con una tiricia que daba ánsia el verlo.

—¿Estaba casado? preguntó la boticaria.

—No, señora, estaba viudo; pero de la primera mujer... en aquellos dias tomó la segunda... y entonces fué cuando se dijo...

La tia Rebuscona, que tenia un oído capaz de sentir el nacimiento de la yerba, dejó de hablar, porque oyó pisadas, y con ellas el estornudo del boticario, que llegó á su casa sonriendo como de costumbre, con la escopeta al brazo, y sin mas caza que un pájaro que asomaba la cabeza por el bolsillo de la chaqueta.

(Se continuará.)  
ANTONIO FLORES

(América.)



en las vergas del *Bretaña* el grito de ¡Viva el Emperador! y lo repite hasta siete veces toda la escuadra con vivo entusiasmo.

Entretanto el *Victoria and Albert* había llegado al lado del *Bretaña* donde debía fondear, y fondea al mismo tiempo toda la escuadra inglesa. Pasaron luego junto a nosotros varios yachts cuyas músicas ejecutaban el *God save the Queen* y la marcha de la *Reina Hortensia*. Nuestros aliados nos saludaron con sus manos, gritando hurra: visiblemente estaban muy satisfechos de los honores tributados a su graciosa soberana y al pabellón británico.

Apenas hubo fondeado el *Victoria and Albert*, se le acercó el *Pelicano*, y el vicealmirante Romain-Desfesses subió a bordo. Del *Royal Albert* partió al propio tiempo una lancha que condujo a bordo del yacht imperial al mariscal duque de Malakoff y al almirante Lyons.

A las nueve, el dique, los fuertes y los muelles fueron iluminados: en los buques ingleses se saludaba con hurra al Emperador que iba a visitar a la Reina Victoria. La marinería subió otra vez a las vergas y contestó al hurra de nuestros aliados con siete vivas al Emperador. Cuando este regresó a tierra, todos los buques estaban iluminados: la noche era excelente y aumentaba la magnificencia del espectáculo que producían la tierra, la rada, el dique, los fuertes y la escuadra.

Por copia,

P. J. GELABERT Y POL.

## Mosaico.

**Un periodista.**—A su tiempo anunciamos la pena capital que había impuesto el tribunal real de Stockolmo al periodista Lindalh, redactor del *Faenenslandet*, por haber infamado a la señorita Mendelsobn.

Ahora tenemos que dar cuenta de un acto sublime de caridad, cometido por la misma joven, que tan miserablemente fue maltratada por el cáustico periodista.

Después de mil inútiles instancias para que Lindalh pidiese perdón a la víctima, único medio de salvarse, llegó el día 2 de julio, el día del suplicio. «Voy a sufrir la muerte que me merecido, dijo M. Lindalh a los amigos que le hacían compañía en la cárcel, y al menos dentro de poco se verá que era yo un hombre de corazón.»

Tomó algunos de los papeles que estaban sobre la mesa y los confió al capellán. Una carta escrita y cerrada estaba en la biblia; cogió la carta y la metió en su pecho: «La tomareis luego que yo haya muerto, y la entregareis fielmente a la persona a quien va dirigida. Vamos, señores.»

Aun podes, sin embargo, repuso el alcaide de la cárcel, pedir perdón a la señorita Mendelsobn; tiene el derecho de vida y de gracia.

—Vamos, señores, replicó Lindalh; y dando el brazo al capellán, con el cual habló en voz baja, descendió la escalera del Norte, y atravesó con paso firme el patio de Carlos XII, que separa a la torre de la plataforma. Allí estaba levantado el cadalso. El tajo, la paja, el hacha y el hombre que debía manejarla, nada faltaba.

Una docena, de espectadores, que es lo que la ley exige, habían sido elegidos para testigos de la ejecución. A los pies del cadalso se detuvo Lindalh. Se le ataron las manos, y los ojos le fueron vendados.

—Adios, señores; los que habeis visto mi vida, tened cuidado de referir mi muerte y mi arrepentimiento.

Había ya subido dos tramos de la fatal escalera, cuando sintió desligar las cuerdas que ataban sus manos, y arrancar el pañuelo que vendaba sus ojos.

Era la señorita Mendelsobn.

M. Lindalh, le dijo, os perdono.

El, entonces, arrojándose a sus pies y sacando la carta de su seno:

—Acepto, señora, dijo, vuestro perdón, porque mi último pensamiento había sido implorar vuestra clemencia, y estaba seguro de que al menos la llevariais a mi tumba.

En toda la Suecia, no se habla más que de es-

ta aventura; la ley ha quedado en su lugar, el honor de ambas partes satisfecho, y si la doncella generosa que perdona, juega un brillante papel, el hombre amnistiado ha rescatado su crimen por su valor y sus remordimientos.

Lindalh, periodista fogoso, no quería pedir perdón si no desde más allá de la tumba, por temor de que se creyera que cantaba la palinodia.

**El Israel de nuestro tiempo.**—Las cartas de América del 23 de junio, confirman decididamente la noticia de la partida de los mormones, y nos dan la explicación de su emigración a la Sonora. Parece ser que por medio de un tal Mr. Kane, se se ha hecho una especie de convenio entre ellos y el presidente Buchanan. Una compañía ha comprado en la Sonora un inmenso territorio para distribuir sus tierras entre los mormones, que de este modo van a preparar la futura anexión a los Estados Unidos de aquella provincia mejicana.

**Caso fortuito.** Segun una correspondencia de los Estados Unidos, el lunes por la noche, 21 del pasado mes una copiosa lluvia inundó la ciudad de New York. El huracán desencadenado durante mas de treinta minutos, arrancó los árboles mas robustos y mas antiguos de las plazas públicas, levantando el techo de las casas, derribado una iglesia y causado en los campos pérdidas considerables. A unas cuantas millas de New York, la tormenta ha derribado una fábrica de vidrio hasta los cimientos; dos trabajadores han quedado muertos. Las anclas de los buques surtos en el puerto han gorreado, pero los daños han sido menos considerables que en tierra. Desde el día 11 los Estados del Sur y del Oeste han padecido mucho de los ventarrones que han despojado a los campos de todos sus productos, revuelto la tierra de tal modo que los cultivadores consideran como imposible el poder beneficiar las tierras antes de dos años. Los caminos de hierro, los puentes, los canales, las casas, nada se ha librado del desastre. La Pensilvania, el Maryland, el Illinois, el Missouri, el Ohio, han padecido también mucho. En cuanto a la Luisiana, se ha perdido enteramente la cosecha de azúcar, algodón y maíz. En una extensión de treinta millas al rededor de Nueva Orleans, ni una sola aldea ha quedado ileso, es decir, que todo ha desaparecido bajo la inundación. El número de pérdidas asciende a 22.000.000 de pesos fuertes (dollars).—En muchas partes se teme el hambre, no solo por la pérdida de los cereales sino porque con la destrucción de las cosechas, la industria, el comercio y la navegación han de experimentar por fuerza las consecuencias.

Siempre ha habido manías y las hay casi increíbles. Areteo cita a un enfermo que creyéndose de barro, no quería beber agua por no desleírse. Sanchez cita otro, segun Boerhaave, que pretendía ser de vidrio, y siempre estaba sentado por no romperse. Un médico distinguido del siglo XVII, Gaspar Barleo, se imaginaba que su cuerpo era de manteca, y huía del calor por no derretirse. El célebre abate Molano de Manöver, se creyó trasfornado en grano de cebada, y por temor a las gallinas, no salía de su casa. Hay maníacos que llegan a creerse muertos, y podemos citar a Felipe V de España y a un hijo del gran Condé. Este llegó a no comer por creerse muerto; su médico Finot no sabía qué partido tomar, cuando le ocurrió buscar a unas cuantas personas que se fingieran muertas y comieran, a fin de persuadir al príncipe que los difuntos tenían buen apetito: este ardid salió bien, pero el maníaco no quiso comer mas que con sus nuevos amigos, a quienes creía sin vida. En cuanto a Felipe V, hé aquí lo que dice Duclos en sus *Memorias secretas*: «Era muy cuidadoso de su salud.... Había momentos en que se creía muerto, y preguntaba por qué no le enterraban.... Tomaba durante varios días seguidos una caja de triaca de una vez, diciendo que sus médicos eran unos pícaros, que sostenían que no estaba enfermo, cuando sentía su muerte cercana.»

**Carton sin embetumar para techos.**—Rapidez en la construcción y con el menor desembolso posible debe ser el fin que se proponga todo fabricante, todo ingeniero, todo labrador, que trate de edificar no palacios, sino un abrigo para sus talleres, para sus máquinas, o para los productos de su explotación.

El empleo del carton para los techos está llamado a proporcionar ambas ventajas. Prescindiendo de su moderado precio, esta clase de

techos permite realizar grandes economías en los muros, obras de carpintería y cimientos, economías que, en la mayor parte de los casos, no bajan de un 60 por 100. La adopción de este producto adquiere de día en día nuevas aplicaciones, y se ha extendido ya de la industria a las explotaciones agrícolas y coloniales; que serías, casas de campo y kioscos, habitaciones obreras y barracas de campamento, establos, caballerizas, cocheras, y granjas se construyen cada día por medio de dicho procedimiento.

Forzoso es, no obstante, reconocer que la mayor parte de los cartones hasta hoy fabricados para este uso, no llenan cumplidamente las condiciones de impermeabilidad y resistencia indispensables al buen empleo y duración de los techos: de modo, que la mayor de las aplicaciones hechas se encuentran en un estado visible de degradación, y exigen, para conservarse, frecuentes y costosas reparaciones.

¿A qué causa debemos atribuir tal resultado? A dos: a la inferior calidad del carton, empleado como agente, y a las desfavorables condiciones químicas de la materia utilizada como baño.

El carton sin embetumar, preparado con arreglo al procedimiento Ruolz, llena completamente todas las condiciones de impermeabilidad y resistencia a los agentes atmosféricos, buscadas hasta ahora en vano.

Diremos algunas palabras acerca del sistema de fabricación que dió origen a este producto.

Sabido es que Mr. Ruolz, a quien la industria es deudora de grandes y repetidos servicios, fué el inventor de un barniz de bases metálicas contra la humedad, invención que valió a su autor las mas altas distinciones, y cuyo empleo se adoptó para el material de los caminos de hierro, las telas y los toldos, y en todos los establecimientos públicos y particulares para garantizarlos de la humedad. Si este barniz, de tan incontestables cualidades hidrófugas, se aplica a un carton de buena calidad y de una solidez a toda prueba, la reunión de ambas materias producirá un techo inalterable y cuya aplicación estará libre de todo inconveniente. La acción del sol y el contacto del aire, que tan pronto deterioran los barnices embetumados o embreados, contribuyen, por el contrario, a dar al carton sin embetumar una dureza metálica muy marcada, que aumenta sus buenos efectos.

Como ya hemos dicho, se aplica el barniz de bases metálicas de Ruolz a un carton especial, fabricado con deshechos de cordage, cuya fibra le presta mucha solidez; exento de las materias terrosas que contienen la mayor parte de los cartones ordinarios, ofrece sobre estos la ventaja de no romperse y de reunir en poco espesor una considerable resistencia a su debida homogeneidad.

Este carton ha sido objeto, en el vecino imperio, de una memoria muy favorable de la sociedad de fomento.

Segun el *Correo del Drôme*, los productos de los caminos de hierro, por razon de viajes, recaudados en las oficinas de Beaucaire, pasan en el mes de julio solamente de 200.000 francos, y el peaje del puente colgante para unir a Beaucaire y Tarascon, el Garo y las Bocas del Rodano, da la misma suma en el mismo intervalo.

El editor de Paris, Mr. Benoit Falliot, calle del Odeon, núm. 3, ha dirigido a la redacción de todos los periódicos un documento muy curioso, y es la sentencia dada por Poncio Pilato contra Jesucristo, acompañada de la imagen que la presenta.

Por el interés de ciencia histórica y de la verdad cristiana, el editor veria con placer que la autenticidad de este documento llegaba a ser objeto de un examen concienzudo, convencido de que por este medio recibiria una especie de consagración pública moderna; con este objeto ha enviado un ejemplar de este documento a todas las sociedades científicas de Francia.

Escriben de Venecia, participando la muerte del obispo monseñor Canova, hermano del ilustre escultor de este nombre. El prelado, que era también amigo de las letras y las artes, va a ser depositado en el mismo panteón que su hermano Antonio, en el grandioso templo erigido por él en Possagne, su pueblo natal.

Por los sueltos,

P. J. GELABERT Y POL.

## PALMA.

### CRONICA RELIGIOSA.

Santo del día de mañana.

SAN BERNARDO, ABAD Y FUNDADOR.

SAN EUSTASIO, ABAD.

### CULTOS SAGRADOS.

CORTE DE LA GRAN REINA DE LOS CIELOS, MARIA.

Día 20.

Se hará la visita a Nra. Señora de Belén, en la iglesia del Hospital general.

—En el oratorio de Nra. Señora de la Concepción el toque de oraciones se dará principio a la novena de su titular, la que continuará a la misma hora en los días siguientes.

### AFECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑANA.

Salte el sol a las ... 5 hs. 16 ms.

Pónese a las ... 6 ... 49 ...

Hora en que debe señalar el reloj al medio día verdadero.

Las 12 hs. 3 m. 16 s.

### AVISOS OFICIALES.

#### ORDEN DE LA PLAZA.

Cefe de día para mañana: el coronel graduado primer comandante del regimiento infantería de Asturias, don Juan Hernandez de Albaro.

Servicio de la plaza, Asturias.

El T. C. S. M.—Benito de Amores.

El señor juez de primera instancia de este partido ha señalado el día 1.º de setiembre próximo a las doce de la mañana en los estrados de este juzgado, para el remate del arriendo de una mesa de cortar carnes, sita en la carnicería mayor de esta ciudad, señalada con el número 25, la que se arrienda bajo los pactos y condiciones continuados en el albalan de subasta formados al efecto en 21 julio de 1856, que se halla de manifiesto en la escribanía y copia del mismo en poder del pregonero Andres Serra. Palma 19 de agosto de 1858.—P. S. M.—Francisco y Sastre.

## NAVEGACION.

### EMBARCACIONES FONDEADAS.

Día 18.

De Valencia en 4 dias laud Halcon, de 34 toneladas, pat. Luis Esteve, con 6 marineros, un pasajero y lastre.

### IDEM DESPACHADAS.

Día 18.

Para Barcelona vapor Rey don Jaime 11, de 332 ton., cap. don Miguel Morey, con 19 marineros, 51 pas., balija y efectos.

Para Argel laud San Antonio, de 33 toneladas, patron Miguel Roca, con 6 marineros, un pasajero, vino e idem.

## ADVERTENCIA.

En atención a las medidas sanitarias tomadas a la llegada del vapor Jaime I, no podemos comunicar a nuestros lectores tan pronto como quisiéramos las noticias del correo. A fin pero de no perjudicar a los suscriptores de este periódico imprimimos el número de hoy y en el de mañana insertaremos dichas noticias, repartiendo el número temprano.

P. J. GELABERT Y POL.



